

¿Qué esperaba Angela de mí, hombre miserable y oscuro? Nada mas que amor: y sin embargo, me queria: debí amarla.

Pero yo no tenia dos corazones, y Serafina.....  
¿Se acordará de mí Serafina?.....

Si pensara en mí, el viento me traeria su amor y aspiraria con él la vida. ¡Oh! pero me olvida, ni siquiera me odia para deberle la muerte.

Por ella moriria, como Angela murió por mí; y al cabo iria á ocultar al sepulcro mis pesares..... y mi deshonor.

## XXVII.

### AMOR.

Abril de 1840.

Treinta años de vida. ¿Y qué he gozado?

Treinta años de guerra con las mugeres. ¿Y qué triunfo he alcanzado?

Para gozar y triunfar en el mundo se necesita endurecer el corazon en el crimen, y cerrar los ojos à la justicia y al pudor.

El placer mas inocente y mas frívolo ha de comprarse con dinero ó con lágrimas; para hallar el dinero es preciso arrastrarse por el suelo como las vívoras; las lágrimas son pedazos del alma, las ilusiones que se van, los remordimientos que vienen.

Serafina no me ha costado ni remordimientos ni lágrimas. No me pesa nada de cuanto he hecho por ella; no me espanta el porvenir perdido por su



causa, ni me espantaria un crimen, si ella en recompensa me ofreciera su amor. ¡Lágrimas!..... Si hubiera podido verterlas alguna vez, me habria consolado, y yo no quiero consolarme miéntras ella no me ame: dejar de sufrir por ella seria no haberla amado nunca, seria morir en el ateismo mas completo.

El amor es ciertamente un afecto; pero que como todos, necesita tomar una forma material para hacerse sensible á los hombres.

El amor segun las horas, los lugares y las situaciones, aparece bajo diversas imágenes todas atractivas, aunque todas se desvanecen con el crepúsculo de la noche ó de la mañana.

Al levantarse de la mesa, cuando la cabeza está abrumada con los vapores del vino, y aun se saborean los últimos tragos de un fragante café, el amor toma el trage de la sultana lasciva que con su muelle coqueteria y sus miradas fascinadoras, hace olvidar á su señor de las huríes del paraiso.

En una tarde melancólica y oscura se piensa en una alemana de ojos claros y cabello blondo, que se enternece de alegría y llora en silencio cuando sufre, que le abre su corazon á un amante y lo acaricia con tierna intimidad.

En una noche de máscaras se necesita una veneciana loca y arrebatada, ardiente y caprichosa, que se deja arrastrar por el torrente del placer hasta hundirse de cansancio, ó estrellarse en un precipicio.

En medio de un valle florido, y abierto á la luz de un cielo puro, se fabrica luego una casita pequeña y cómoda, en cuyo hogar se duerme al lado de una niña modesta y humilde, que nos arrulla con cantares dulces, y nos narcotiza con sus miradas risueñas.

En el teatro, en fin, se desea una bailarina, en el Prado se pretende á una cortesana, en la iglesia se piensa en una monja.

No hay hora, ni lugar, ni objeto que no recuerde el amor. Sin él, la vida es un castigo.

Y yo, yo he soñado á Serafina bajo todas esas imágenes; pero al despertar me he encontrado solo ¿Cuando me amaré Serafina?.... Cuando resucite Angela asesinado por mi indiferencia!

He aquí el amor.



## XXVIII.

### CONCLUSION.

Entre otras muchas cosas le ha faltado á este libro para ser bueno, ó siquiera parecerlo, el estar sahumado con alquitran. Pero ni el autor ni el impresor tuvimos bastante dinero para enviarlo á paseo como los puros de la costa, y venir á venderlos como habaneros. En tal caso, el lector tiene que admitirlo tal cual es, con su olor á cem-poalxochil que es la flor indígena.

Bien se habrá conocido que en vano digo Búrgos y Granada, cuando la sociedad que pinto es otra que la española; y esta misma sociedad medio bosquejada, es la que le ha dado el carácter á la obra. Así debía ser; y por eso se ven escenas repugnantes, las mismas en que tal vez todos hemos sido actores.

Pero afortunadamente no son las únicas esas escenas repugnantes; sino que sirven para marcar el

contraste con otras, que aunque tengan la misma esencia, aparecen adornadas con los atavios del refinamiento ó la educacion. Estas dos últimas cosas nos faltan en cierto grado á los mexicanos; por eso qualquier escrito nacional debe resentirse de cierta rudeza, cierta impropiedad que aun tienen nuestras costumbres y nuestras maneras.

En las elases mas altas de la capital se reflja la vida europea. Cuando ellas sean mi objeto, yo haré que el veneno se beba en copa de oro, y que los aromas de la rosa y la azucena encubran la corrupcion.

¿Terminaré este libro sin hacer notar una coincidencia? Muchas páginas de él las he escrito bajo el mismo techo, dentro de la misma sala donde hace mas de veinte años aprendí á hacer los primeros palotes.

Aun me parece ver á mi maestro, al respetable ciudadano D. Luis Chousal, con su fisonomia severa, su aire grave, su paso mesurado, recorriendo el vasto salon de estudio, donde lo mas florido de la niñez de México recibia de él las primeras lecciones del saber y la moralidad.

Ese hombre que para su familia era un patriarca, para la niñez una providencia, para la sociedad un ejemplo de civismo; ese hombre me enseñó á leer y escribir, me puso en comunicacion con todos los hombres y todos los siglos.

¿Sin saber leer ni escribir podria divertirme instruirme, ganar la vida en este mismo ex-con-



vento fabricado para bien de la humanidad? Habitaronlo primitivamente los frailes, que, ignorantes y corrompidos hoy, hicieron á las Américas el inestimable bien de traerles el evangelio de Cristo: despues una escuela de niños, la cuna de la ilustracion se cubrió dentro de sus paredes; y hoy se escucha el crujido de las prensas que lo mismo imprimirán el Monitor que la Ilíada de Homero: es una imprenta; la última espresion de la civilizacion y la libertad.

A esos frailes les debo mi religion; á esa escuela mi vida moral, á esa imprenta mi primera esperanza de novelista. ¿Por qué no he de complacerme en recuerdos tan sinceros? Están todavia en el patio los mismos arriates con los mismos rosales; paseo las estancias y reconozco la sala de labor de las niñas, el dormitorio de los pupilos, el estudio de mi maestro.... Solo una cosa echo de ménos, la inocencia de la niñez, de aquella niñez que otros recordarán conmigo.

Aquellos paseos á lo que llamabamos la quinta con los papelotes y los borregos; aquellas dominicas de cuaresma.... estás sobre todo.

A las tres de la tarde llegabamos todos alegres y endomingados con la mejor cachucha, los pantalones mas nuevos: llegada la hora, los que iban á *predicar* se ponian inquietos pero orgullosos, y el presidente, el vice y el conserje eran engalanados con sus golas y sus bandas por la misma señora que con su amabilidad maternal, alentaba y com-

placia. Formados luego de dos en dos, y presididos por el maestro siempre benévolo y circunspecto, atravesabamos las calles de Plateros y el atrio de Catedral hasta entrar al Sagrario.

Las bóvedas aun resonaban con los ecos del coro de los canónigos, y cuando todos habiamos ocupado las bancas haciendo el murmullo apagado de un enjambre de abejas, un clérigo respetable subia al púlpito y decia su plática cuaresmal.

Terminada, los niños que llevaban aprendido un discurso moral escrito por el maestro, ó un trozo de historia sagrada de Fleury, ó un diálogo bíblico, subian á los ambores preparados espresamente, y se enorgullecian mirando que su familia haiba ido solo por presenciar su triunfo, y que una multitud de pobres viejas devotas los oian colgadas de sus labios, celebraban su viveza, rogaban á Dios enternecidas por la ventura de aquellos angelitos; y en seguida iban á esperar á la puerta al predicador de siete años para hacerle un cariño, y darle un medio tan sucio y arrugado como ellas. Pero estas demostraciones eran sinceras, el niño se envanecia con ellas, y una vez salido del apuro de pronunciar su discurso sin turbarse una sola vez, corria á su casa á recibir un beso maternal, á ver la sonrisa de un padre satisfecho, á recibir una gala para comprar muñecos y juguetes.

Estímulos inocentes y eficaces sabiamente inventados por el hombre que conducia á la niñez por el camino de la virtud y el civismo.



En recompensa de esa vida consagrada á su patria, mi maestro está ya en la mansion de los justos; mientras yo recuerdo con melancólica complacencia hasta las lágrimas que me hacia verter cuando mi disipacion provocaba su severidad.

Pero tú, lector, puede que estés fastidiandote con esta charla sentimental que nada te interesa; por eso ya he terminado; y si no te has fastidiado tambien con las memorias de Gabriel, yo seguiré escribiendotelas hasta que se muera; esto es si el cólera nos deja con vida á los dos, ó si no determinamos dejar el mundo enteramente, ni la vejez anticipada nos quita del oficio.

México, Julio de 1850.

FIN DE LA GUERRA DE 30 AÑOS.

PQ7297

FHRC

.076

G8

v.2

156186

AUTOR

OROZCO, Fernando

TITULO

La guerra de 30 años

FECHA DE

VENCIMIENTO



